

Un incentivo eficaz

En cada servicio hay que encontrar el punto adecuado que equilibre calidad y coste de la prestación

XAVIER
Vives



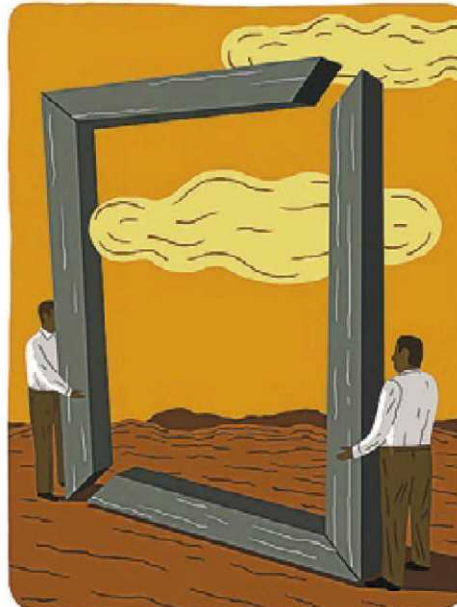
El túnel de la crisis es largo. La crisis financiera que aceleró la explosión de la burbuja inmobiliaria y ha destruido más de dos millones de puestos de trabajo en España se ha convertido en una crisis fiscal de doble filo. Por un lado, se necesita atajar el déficit público lo antes posible para poder seguir refinanciando la deuda existente y la nueva que aún se crea, y, por otro, se pide que la amarga medicina a tomar en forma de subidas de impuestos y recortes de gasto de las administraciones no empeore aún más la situación macroeconómica, por la vía de la contracción de la actividad económica y la consiguiente reducción de la recaudación fiscal. Los ingresos públicos en España están por debajo de los del 2006, pero gastamos el 25% más que aquel año; hoy nuestras administraciones recaudan menos del 80% de lo que gastan. Por otro lado, a pesar de la recuperación de las exportaciones a los valores precrisis, seguimos siendo una economía con un fuerte déficit en nuestras cuentas exteriores, cercano al 4% del PIB anual. Nuestra deuda exterior neta es más elevada que nunca (a punto de franquear el billón de euros), por lo que seguimos necesitando apelar a la confianza de los inversores exteriores para financiar nuestros desequilibrios; y todo sin poder recurrir a la antigua poción mágica de la devaluación.

Entre la espada y la pared, pues, ¿hay margen para la reactivación, existe alguna estrategia de efecto múltiple que consolide fiscalmente,

que anime la actividad, que mejore o al menos no empeore nuestros desequilibrios exteriores y no perjudique las prestaciones públicas esenciales? En el actual entorno en el que se mueve nuestra economía, la tradicional receta keynesiana de hacer agujeros en el suelo para volverlos a tapar y así recuperar la actividad (recordemos los efectos del plan E) no parece que sea una opción ni razonable ni fácilmente vendible a nuestros financiadores externos. Si hay que gastar, que sea para algo que nos haga más fuertes, más competitivos, o bien hay que reducir ineficiencias, hacerlo mismo con menos. No hay poción mágica, pero la colaboración del sector privado en la gestión eficiente de los servicios públicos se presenta como imprescindible para mantener el nivel de la oferta pública.

PODEMOS debatir como sociedad qué alcance deben tener las políticas redistributivas por la vía de los impuestos, y los economistas podemos debatir hasta qué punto poca o mucha redistribución perjudica o favorece la competitividad y el crecimiento económico, pero en lo que todos podemos estar de acuerdo es en que no debemos prestar servicios públicos a un coste mayor que el que permiten el actual desarrollo de la tecnología y de las formas organizativas modernas.

Los países nórdicos son considerados, de acuerdo con los rankings internacionales, modelos de la so-



LEONARD BEARD

Suecia y Catalunya tienen en Europa el tipo marginal máximo de imposición sobre la renta

ciudad del bienestar y de la competitividad económica. Estos países ya llevan años estudiando cómo poder hacer sostenible su modelo social y económico, teniendo en cuenta la presión creciente derivada del incremento constante de la esperanza de vida y, por tanto, del envejecimiento de su población y de los mayores gastos sanitarios y de atención a la dependencia que acarrear. Estos países son también punteros en cuanto al estudio de cómo hacer más eficiente su gasto público para que no drene más recursos del sector privado y comprometa su supervivencia. Los países nórdicos tienen niveles de presión fiscal y de participación del gasto público sobre el PIB elevados a

la vez que son de los más activos en confiar en el sector privado, y de manera creciente, para la prestación de buena parte de sus servicios financiados públicamente. Aquí cabe recordar que Suecia y Catalunya encabezan ahora el tipo marginal máximo de imposición sobre la renta en Europa. De mantenerse estos niveles impositivos, los ciudadanos exigirán que el nivel de los servicios públicos en Catalunya se equipare con el de Suecia.

SE ESTÁN difuminando las fronteras entre lo público y lo privado y aparece un continuo de posibilidades entre ambos extremos desde la prestación puramente pública hasta la provisión privada de un servicio. Hay que encontrar para cada servicio el punto adecuado en este continuo que equilibre la calidad y el coste en su prestación. Cabe destacar que en muchas ocasiones la existencia de un mercado en donde las empresas (públicas o privadas, con ánimo o sin ánimo de lucro) compitan entre ellas por ofrecer el servicio público en las mejores condiciones de calidad y precio, y en donde la Administración adjudique objetivamente los contratos, y controle y evalúe de manera efectiva el cumplimiento de las obligaciones contraídas, es el mayor y más eficaz de los incentivos existentes para alcanzar la calidad y la eficiencia en costes. A su vez, la competencia es el mejor garante en el que se alcanza la frontera tecnológica y organizativa de las mejores prácticas, y que se innova para reducir costes y mejorar prestaciones, con el consiguiente beneficio para toda la sociedad. ≡

Public-Private Research Center, IESE Business School.

Firma también este artículo Lluís Torrens.